

Padre José María Valente Bover S.I

La Huida a Egipto

«Luego que ellos se hubieron partido»: Los acontecimientos se desarrollan rápidamente. Durante la noche, apenas recibido el aviso del cielo, los magos emprendieron su camino. E inmediatamente después, se da orden a José de huir precipitadamente a Egipto. Si no se dieron antes estas órdenes de fuga, para no turbar la adoración de los magos, tienen que urgirse ahora, porque no sufre dilaciones la voluntad criminal de Herodes, que, contando las horas, está en acecho, aguardando la vuelta de los incautos magos, para acabar con ellos y con el recién nacido Rey de los judíos. Pero Dios velaba más que Herodes, y más que los magos o que José. — «En sueños»: de noche, durmiendo tranquilamente, recibe José la orden de partir inmediatamente. — «A José»: era él el jefe de la sagrada familia, y a él se dirige el ángel en nombre de Dios. — «Toma al Niño y a su madre»: expresión significativa, que pone de relieve la maternidad virginal de María. — «Huye»: esta partida fue una fuga. Comienza a cumplirse la profecía del anciano Simeón: Jesús es blanco de la contradicción y de la persecución. Y para sustraerle a ella, Dios no apela al milagro, como tan fácilmente pudiera hacerlo. La cruz había de señalar todos los pasos del Redentor en su vida terrena. — «Egipto» era el ordinario refugio de todos los desterrados de Israel. La numerosísima colonia de judíos residentes en Egipto podía prometer buena acogida, que mitigase las penalidades del destierro. De todos modos, el camino hubo de ser largo y trabajoso, no tan poético como imaginaron los evangelios apócrifos. — «Hasta que yo te avise»: quería Dios que José estuviera enteramente colgado de la divina providencia. Dios había tomado en sus manos el negocio: justo era que a sus divinas manos se dejase el desenlace. Si Dios cuida de nosotros, es superfluo e irracional que nosotros nos preocupemos y acongojemos desmedidamente. — «Quiere buscar al niño para matarle»: esta razón, sobresaltando al corazón paternal de José, estimuló su diligencia y aceleró los preparativos del viaje. — En todo este hecho, y en toda la narración evangélica, es admirable la fe y la obediencia de San José: el hombre de la fidelidad más abnegada, del trabajo oscuro y callado: digno consorte de la Madre de Dios.

Déjase entender, aunque no lo diga el Evangelista, el sobresalto que, a la nueva de José, sintió el Corazón de la Madre. También en esto comenzaba a realizarse la predicción de Simeón. La persecución del Hijo era la espada que traspasaba el Corazón de la Madre. Y no menos admirable que la obediencia de José es la humilde docilidad con que María se deja en todo gobernar por su esposo. Y el divino Niño callaba y se dejaba llevar.

«Se refugió en Egipto»: una tradición, ni muy antigua ni muy segura, señala a Matarieh, no lejos de El Cairo y de la antigua ciudad sacerdotal de Heliópolis, como refugio de la sagrada Familia.

«Estuvo allí hasta la muerte de Herodes»: el sentido obvio de la frase da a

entender que apenas muerto el tirano recibió José la orden, de que se habla después (vers. 20), de retornar «a tierra de Israel». Como, por otros indicios, la muerte de Herodes siguió de cerca a la matanza de los Inocentes, no pudo ser muy larga la permanencia de la sagrada Familia en Egipto. La «muerte de Herodes» ocurrió a fines de marzo o principios de abril del año 750 de la fundación de Roma, 4 antes de la era cristiana. Este dato es la base, no sólo para establecer la cronología de la infancia del Salvador, sino también para enmendar los cálculos poco acertados de Dionisio el exiguu, que, retrasando más de 4 años el nacimiento de Jesús, fijó en el año 754 de Roma el principio de nuestra era.

«Para que se cumpliese»: el texto de Oseas, que en sentido literal se refiere al pueblo de Israel, llamado y sacado por Dios del cautiverio de Egipto, en sentido típico se refiere al Mesías. Lo que la letra dice del que como pueblo era hijo adoptivo de Dios, cúmpelo ahora la divina providencia en el que es propia y verdaderamente el Hijo de Dios.

Matanza de los Inocentes

«Viéndose burlado por los magos»: no parece se imaginaba el astuto zorro que los cándidos magos, volviéndose a su tierra por otro camino, sin presentarse de nuevo en Jerusalén, deshiciesen tan radicalmente todos sus planes tan bien calculados. ¡Divinas ironías de la Providencia! El único niño que el tirano se proponía asesinar es el único que escapa a la matanza general:

<i>unus</i>	<i>tot</i>	<i>inter</i>	<i>funera</i>
<i>impune Christus tollitur,</i>			

como canta el himno eclesiástico. Y no mucho después muere el infame tirano con muerte desastrada e ignominiosa. — «Todos los niños que había en Belén...»: se ha exagerado a las veces el número de los Inocentes sacrificados por el furor de Herodes. Según cálculos aproximados, difícilmente pasarían de medio centenar los niños menores de dos años que habría entonces «en Belén y en todos sus contornos». Algunos, tal vez exagerando en sentido opuesto, suponen que no pasarían de unos veinte. — «De dos años para abajo»: como Herodes calculó la edad que podría tener entonces Jesús «según el tiempo exacto que había averiguado de los magos», parece natural suponer que el divino Niño tendría entonces cerca de dos años. De donde parece seguirse que el Salvador nació el año 748 de Roma, 6 antes de nuestra era. No son, con todo, enteramente seguros estos cálculos, por tres motivos: 1) porque no conocemos exactamente el tiempo que medió entre la matanza de los Inocentes y la muerte de Herodes, si bien podemos fundadamente suponer que no fue muy largo; 2) porque tampoco sabemos con entera certeza si la aparición de la estrella coincidió exactamente con el nacimiento del Salvador; 3) porque no es inverosímil que Herodes, al hacer sus cálculos sobre los datos suministrados por los magos, diese al tiempo transcurrido mayor extensión de la estrictamente necesaria, en razón de asegurar mejor el golpe. De todos modos, estas incertidumbres tienen sus límites; y no parece probable que Jesús naciese ni antes del año

747 ni después del 749. El medio prudencial, menos expuesto a notables errores, es el año 748, 6 antes de la era cristiana.

En «Ramá» a 8 kilómetros al N. de Jerusalén, fueron reunidos por orden de Nabucodonosor todos los judíos (de las dos tribus de Judá y de Benjamín) que debían ser deportados a Babilonia. A la vista de tan triste espectáculo Jeremías introduce a Raquel, la madre de Benjamín, cuyos lamentos se oyen en Ramá, cuyas lágrimas son inconsolables, porque sus hijos, «el hijo de su dolor», se van al destierro, y «ya no existen» para ella. En este llanto de Raquel ve San Mateo una imagen patética del llanto igualmente inconsolable que en Belén y en todos sus contornos dejan oír las madres de los niños inocentes sacrificados por la crueldad de Herodes. La razón de introducir Jeremías el llanto de Raquel es manifiesta: muchos de los que van a ser deportados son hijos suyos, y además Ramá está en el centro del territorio asignado a Benjamín, «el hijo del dolor». Esta razón no vale para que San Mateo introduzca el llanto de Raquel en la matanza de los inocentes. Y sin embargo afirma el Evangelista que «entonces se cumplió lo dicho por boca del profeta Jeremías». Sin duda que la semejanza de las situaciones: la de los judíos en Ramá y la de los Inocentes en Belén, pueden justificar de alguna manera la aplicación del texto de Jeremías a la matanza de los Inocentes. Pero esta sola razón no parece suficiente, sin el complemento de algún motivo histórico, sobre todo para que se diga que entonces se cumplió la profecía, aun cuando no sea sino en sentido acomodaticio. Este motivo histórico existe: es el sepulcro de Raquel, que según una antiquísima tradición, digna de toda fe, estaba cerca de Belén, un poco antes de la bifurcación Hebrón-Belén. En este supuesto se hace poéticamente verosímil la nueva intervención de Raquel, que, conmovida en su sepulcro, se hace eco del llanto de otras madres, que lloran, como ella en otro tiempo, la muerte de sus hijos, «pues ya no existen».

Vuelve José a Nazaret

«En habiendo muerto Herodes, he aquí que...»: el sentido natural de la frase indica que la orden de repatriación siguió inmediatamente a la muerte de Herodes. Era probablemente el mes de abril del año 750 de Roma, 4 antes de nuestra era. — «Un ángel del Señor»: es verosímil que sea el mismo ángel, de quien anteriormente se ha hablado dos veces (1, 20; 2, 13); y no es improbable que sea el mismo que anunció el nacimiento de Juan y el de Jesús: el arcángel Gabriel.

«Han muerto ya los que buscaban la vida del niño»: hablando de sólo Herodes, emplea el ángel el plural llamado de categoría.

«Entró en tierra de Israel»: caso tantas veces repetido en la historia que los injustamente desterrados retornen a la patria, mientras que aquellos que los desterraron perecen miserablemente o mueren en el destierro.

«Arquelao reinaba en Judea»: durante los primeros meses de su gobierno Arquelao, hijo de Herodes, tomó el título de rey, que poco después Augusto

le obligó a trocar por el más modesto de etnarca. Durante el efímero «reinado» de Arquelao fue cuando la sagrada Familia volvió de Egipto: nuevo indicio de que la vuelta del destierro siguió de cerca a la muerte de Herodes. — «Temió ir allá»: parece, por tanto, que San José tenía el designio de trasladar su domicilio de Nazaret a Belén. Pero a la noticia de «que Arquelao reinaba», con razón temió «ir allá», para no exponer el niño a la furia de aquel tiranuelo, que emulaba, si no superaba, la crueldad de su padre. Y, por nuevo aviso del cielo, se volvió definitivamente a Nazaret.

«Lo dicho por los profetas»: el empleo del plural indica que San Mateo no cita algún profeta determinado, como ha citado anteriormente a Isaías, Miqueas, Oseas y Jeremías, sino más bien el contenido genérico de algunas profecías mesiánicas. — «Nazareo»: expresión algo enigmática, que San Mateo relaciona con el nombre de Nazaret, y que ha sido diferentemente interpretada. La interpretación más natural y fundada parece debe buscarse en el doble hecho del descrédito de Nazaret y de la denominación de Nazareo o Nazareno con que era apellidado Jesús. Por una parte, Nazaret era una ciudad generalmente despreciada, de donde nada bueno cabía esperar (Jn. 1, 46); y por otra, el Salvador había de ser llamado Jesús de Nazaret, por creérsele vulgarmente natural de esa ciudad. En este descrédito o desprestigio, que de la ciudad recaía en la persona de Jesús Nazareno, vió el Evangelista que comenzaban a cumplirse las profecías que anunciaban las futuras humillaciones y abatimientos del Mesías. Las otras interpretaciones que relacionan el nombre de «Nazareo» ya con el voto del *nazireato*, ya con el *retoño* o pimpollo (en hebreo *netser*) de que habla Isaías (11, 1) carecen de fundamento serio. Aun en el apellido de Nazareno, con que quiso ser universalmente conocido, el Hijo de Dios «se humilló a sí mismo». Las glorias del nombre de Jesús parecían quedar eclipsadas con el desprestigiado sobrenombre de *Nazareno*. La cruz aun en el nombre.

(José M. Bover, S.L., el Evangelio de San Mateo, Ed. Balmes, Barcelona, 1946 pp. 58-65)